

## Review / Reseña

Uparela, Paola. *Invaginaciones coloniales. Mirada, genitalidad y (de) generación en la Modernidad temprana*. Madrid Iberoamericana-Vervuert, 2024, 383pp.

**Frida Gorbach**

UNAM

El libro *Invaginaciones coloniales. Mirada, genitalidad y (de) generación en la Modernidad temprana* de Paola Uparela es todo un atrevimiento. Pues hay que atreverse a escribir sobre “invaginaciones” en esta época y en los Estados Unidos, en un momento en que se debilita la agenda de derechos civiles, políticos y sexuales de reconocimiento a poblaciones diversas y crece la fobia hacia lo percibido como diferente. De igual manera, hay que atreverse a desclavar los conceptos encubridores—“vergüenza”, “inocencia”, “pudor”—para mirar y nombrar de frente los “órganos sexuales”: “vagina”, “clitoris”, “vulva”. Y atreverse a enfrentar la dificultad que tienen los historiadores para reconocer la violencia de la mirada colonial. Pero también, el atrevimiento se relaciona con el hecho de que, luego de haber permanecido por largo tiempo constreñidos a los límites que impone el construccionismo, el libro abre la posibilidad de abordar las representaciones de los genitales femeninos desde su presencia y materialidad, lo que constituye todo un gesto crítico si consideramos que el estudio de las representaciones de genitales femeninos ha pasado desatendido por la crítica que parece negada a mirarlos directamente.

Pero nombrar lo innombrado, descubrir aquello que desde el siglo XVI debe ocultarse, tiene efectos de muchos tipos, epistemológicos, políticos, narrativos, y todos ellos desestabilizadores. Políticos, porque la estrategia requerida para llegar a nombrar la “herida-vagina” implica escarbar a través de capas históricas que han ocultado y a la

vez actualizado un viejo dolor. Efectos narrativos, porque la escritura no puede más que empezar a girar en círculos o espirales alrededor de ese develamiento. Epistemológicos, ya que de pronto las disciplinas estallan y la escritura comienza a fluir entre textos literarios, médicos, etnográficos e inquisitoriales, dibujos anatómicos, cuadros renacentistas, esculturas griegas, mapas y esquemas comparativos, artefactos culturales de los siglos XVI y piezas prehispánicas. Ese estallido queda abierto a la teoría cultural, la ciencia y la historiografía, los estudios visuales, el género y el arte. Pero hay que decirlo, si las disciplinas estallan y se desdibujan sus fronteras es porque el tiempo se ha separado de la cronología, una sucesión incapaz ya de contener la estampida de conexiones múltiples entre textos, objetos e imágenes de distintos lugares y periodos.

Creo, por eso, que *Invaginaciones coloniales* es menos un ejercicio interdisciplinario que uno *indisciplinario*, ya que la interdisciplina aparece todavía demasiado atada al orden disciplinario como para dar cuenta de entretejidos históricos, literarios, jurídicos y artísticos. O mejor, más allá de las disciplinas, diría que el libro de Paola Uparela está cerca de lo que Roland Barthes llamó *literatura* en la *Lección Inaugural*: su fuerza semiótica reside en meter los signos “en una maquinaria de lenguaje cuyos muelles y seguros han saltado; en resumen, en instituir, en el seno mismo de la lengua servil, una verdadera heteronomía de las cosas” (133).<sup>1</sup>

El libro es así toda una operación de inversión. Le da vuelta a las cosas. La invaginación, dice la autora, es una operación de pliegue en el que lo exterior se vuelve interior y el interior exterior, un proceso de ocultamiento y enmascaramiento, una trasposición de la ausencia, la carencia o el vacío. Pero también, la invaginación constituye una táctica de fractura narrativa, de desorganización del relato, de identificación de fallas, un gesto que descose la escritura colonial al tiempo que descodifica el archivo develando así las formas violentas de mirar. Y al final, la invaginación termina invaginada, es decir, plegada, atrapada y al mismo tiempo descubierta y subvertida: los mirones resultan mirados, expuestos, atravesados por la obscenidad de la violencia colonial.

Sus páginas van presentando fragmentos de historias de horror ocultadas por los saberes que se han dedicado a explicar el cuerpo de la mujer, historias que deben ser borradas para que sobre ese borramiento los saberes puedan erigirse; y así es como se va trazando la geografía de la modernidad. Con imágenes que muestran las violencias

---

<sup>1</sup> Roland Barthes, “Lección Inaugural de la cátedra de semiología literaria del collège de France”, en *El placer del Texto y Lección Inaugural* (México: Siglo XXI Editores, 1992), p. 133.

de las prácticas de inspección, control, clasificación y regulación de los cuerpos durante los procesos de conquista y colonización, la autora dibuja los rasgos de lo que llama el “régimen gineco-escópico de la Modernidad temprana”. Un régimen que consigue, por ejemplo, conectar el detalle de una exploración anatómica de los genitales femeninos con los proyectos ibéricos y americanos de explotación y colonización del Nuevo Mundo.

Todo el tiempo *Invaginaciones coloniales* articula dos ámbitos que históricamente las ciencias sociales han mantenido separados: el cuerpo individual y el mundo social, la mirada y el territorio. La narración corre paralela sobre dos planos que se confunden: la naturaleza femenina y la naturaleza americana, la geografía del cuerpo femenino y la colonización del territorio. Cuerpo y territorio, “las dos caras de la misma moneda del capital originario”. Al mismo tiempo el territorio aparece como corporal y geográfico: la mirada penetra el cuerpo femenino mientras traza los límites del territorio y pone al descubierto los deseos y las violencias coloniales. De hecho, ese es el propósito del libro: hacer visible un territorio corporal oculto, estrecho, desconocido, mostrar que el cuerpo es la primera colonia, poner en evidencia la violencia de la mirada colonial, la mirada intrusiva, penetrante y cosificadora con la que médicos, anatomistas, artistas, juristas y conquistadores, redujeron la identidad femenina a sus funciones sexuales y reproductivas.

El libro está dividido en dos partes, una normativa y otra que pone en jaque esa normatividad. La primera parte, “Miradas coloniales e in(v)aginaciones americanas”, dibuja el paso de una mirada exploratoria del territorio a otra preocupada por el control y explotación de la población. Así, entre el Renacimiento y la Ilustración aparece Cristóbal Colón realizando observaciones de vulvas y vaginas de mujeres indígenas americanas para luego encubrirlas y mimetizar su cuerpo con las tierras fértiles por conquistar. Aparece Américo Vespucci observando en sus recorridos por los valles y las montañas del Nuevo Mundo las vulvas de mujeres desnudas para encontrar por todas partes “estrechuras”. Bartolomé de las Casas escribiendo sobre violencia sexual, menstruación, humores, embarazo, parto y proponiendo políticas públicas que aseguren la reproducción de la fuerza trabajadora. Felipe Guamán Poma de Ayala inspeccionando con la mirada los cuerpos femeninos, denunciando las injusticias sufridas por los indios y proponiéndole al rey un proyecto de “buen gobierno” para frenar la violencia sexual y el mestizaje y permitir de esa manera la multiplicación de los indígenas.

Si la primera parte del libro convierte el territorio genital femenino en el centro del proyecto colonial, la segunda, “Invaginaciones narrativas y desbordes (de) generativos en los cruces transatlánticos”, desborda esa normatividad a través de historias transatlánticas de sujetos cuyos cuerpos se resisten a la clasificación, que evaden las identidades de género, desafían las teorías medievales y renacentistas sobre el cuerpo femenino y reafirman la posibilidad de una identidad móvil, híbrida, en tránsito, en devenir. Eleno de Céspedes, cirujano morisco, interrogado e inspeccionado en procesos civiles e inquisitoriales, objeto de intervenciones médicas y quirúrgicas, acusado de engaño, hechicería, magia, animalidad por una sospecha de hermafroditismo, consigue eludir cualquier intento de clasificación. Catalina de Erauso, soldado y monja vasca, inspeccionada visual y táctilmente, a la que llaman mujer, doncella virgen, viril, capón, hermafrodita, se resiste a ser genitalizado y defiende su condición de virgen perpetua. Alvar Núñez Cabeza de Vaca hace desfilar en la *Relación* sujetos de naturaleza inestable: hermafroditas de anatomía ambigua, cambiante; “amarionados”, hombres indígenas que cambian sus maneras, costumbres y hábitos; brujos chamanes y curanderos que modifican su apariencia; amazonas imaginadas como mujeres grandes y fuertes, guerreras y fértiles que ponen en duda la definición permanente del género. Todxs sujetos en cambio constante: manifestación *queer* de la Modernidad temprana.

Por eso pienso que *Invaginaciones coloniales* no es sólo un libro atrevido y mordaz sino que posee cierta belleza barroca. Conecta cosas que parecían irreconciliables; construye articulaciones inesperadas entre mirada, cuerpo y poder; dice aquello que la historiografía no ve; y le da vuelta a los parámetros narrativos y metodológicos acostumbrados. Pero lo barroco le vendría no tanto de cierto contagio con una sensibilidad inclinada hacia la estética de lo extraño, como de la particularidad de la misma geografía. Bolívar Echeverría dice en *La modernidad de lo barroco* que lo barroco es lo propio de las modernidades latinoamericanas, su rasgo cultural distintivo, la modalidad que mantiene relaciones de contradicción, complementariedad y diferenciación con las modernidades metropolitanas. Lo barroco, lo cito, como un “mundo que vacila, un orden carcomido por su propia inconsistencia, que se contradice a sí mismo y se desgasta en ello hasta el agotamiento”(14) .<sup>2</sup>

Esa sería una pregunta posible para seguir la conversación: ¿de qué manera esa cartografía de la modernidad temprana nos conduce hacia una pregunta por el

---

<sup>2</sup> Bolívar Echeverría, *La modernidad del barroco* (México: Ediciones Era, 2000), p.14.

particularismo de América Latina, la obsesión del pensamiento latinoamericano? Otra pregunta más por el presente, por las formas como seguimos reproduciendo el trazo general de ese régimen gineco-escópico; pues si hablamos de un tiempo de larga duración en el que una misma matriz se actualiza bajo distintas modalidades, la pregunta corre: ¿de qué manera la “colonialidad del ver” nos determina todavía?

Hay algo más, algo de la vagina que me inquieta. No me refiero a la “vagina-herida” que como en el *Mapa de Lopo Homem* (2004) de Adriana Varejao está hecho de heridas mal suturadas que siguen abriéndose ante nuestra mirada, y tampoco a la “vagina ojo” que devuelve la mirada, sino a otra, ausente, vacía como un agujero. Refiero a ella no con la disposición de ponerle nombre, de convertirla en un artefacto cultural y llenar su vacío de representaciones, sino sólo para seguir abriendo preguntas: ¿qué efectos epistemológicos, metodológicos y narrativos tendría pensar la diferencia sexual no como representación sino como especificidad irreductible, como lo irrepresentable, el traspie del sentido, la falla de la significación, el punto que hace imposible la inscripción simbólica? Lo que me pregunto, pues, es si ese interrogante podría inaugurar una perspectiva capaz de invaginar, nuevamente, nuestra mirada y nuestro entendimiento.